



000 160050

P772

## LA PERA MADURA

**E**l avión (Ed. Planeta, 1987) viaja en helicóptero amarillo. Saca billetes grandes, cuando se le antoja, de bolsillos de chaquetas caras como todo lo que usa, incluyendo a las mujeres, las que de estilo pomeros o angelical, es capaz, además, de compartir con su invitado. La comida resulta importantísima para este avión que sabe muy bien qué vino armoniza con el caldillo de congrio o qué licor servata en una suntuosa cena conquistada de langosta y otras delicatessen nacionales. Porque el avión es chileno aunque empieza por desplazarse en Alemania del Este, para seguir, sin quedar muy claro cómo, hasta los más criellos vericuetos de Talca, el Portal Fernández Concha santiaguino y los espacios menos ventilados de la también santiaguina Bolsa de Comercio.

Y algo más aún, quizá lo más importante: el avión tiene una larga forma y negra historia que trata de esconder con mucha maña, tal cual el demonio la cola, en los tradicionales cuentos maravillosos.

Sólo que el El avión de Jorge Edwards no está dedicado a los niños ni tampoco a los adultos ingenuos. Por el contrario, malicia e ironía se desliza resplán por medio de la última novela de nuestro columnista a cargo de *Hojas de Pájaros*, y que en ésta también sabe colar con maestría los absurdos risibles—aunque muchas veces dolorosos en el fondo—de la gente y las cosas.

“El personaje en cuestión no podía pertenecer a la especie de los hombres providenciales. El país ya había sufrido demasiado con la acción de los iluminados, los redentores, los salvadores de la patria, grandes y chicos, de un extremo del espectro político y del otro. El personaje de hoy, por consiguiente, debía infundir confianza a todos, tranquilizar a todos, curar heridas mediante la sola irradiación de su presencia equivalente a un bálsamo, y para lograr eso necesitaba alcanzar una síntesis muy difícil. Tenía que hacer cuajar una combinación rarísima de carisma y mediocridad: unir los dones innatos, la chispa divina, con esa mediocridad, esa vulgaridad no exenta de astucia, esa uniformidad gris, que los habitantes de la angosta faja del territorio, con unanimidad desconcertante, odiaban de todo corazón y al mismo



Portada del libro *El anfitrión*, melancólica novela de Jorge Edwards que observa a los chilenos en busca de su paterno destino.

tiempo amaban, o por lo menos veneraban, puesto que toda salida de esos molinos les producía, junto con una morbosa fascinación, una desconfianza insuperable, un sentimiento de hostilidad virtualmente homicida.”

El personaje que *El anfitrión* encuentra, tras desplegar todos sus demonios necesarios, para el Chile en busca de su próximo líder, se llama Faustino Piedrahíta Rodríguez: pobre Faustino, pobre Chile y pobre, de alguna manera, Jorge Edwards, cara implacable mirada de hombre sin prejuicios—políticos o de los otros—ninguna grandesa encuentra en este país que a la postre sólo puede vanagloriarse de su cordillera y de bien poquito más.

La desolación no corre por pura cuenta chilena. Haciéndole contrapunto, Alemania del Este sale igualmente mal parada, y quizá peor: una gran covacha protegida y ordenada, es cierto, pero gris, aburrida y desesperanzadora hasta hacer que el mismísimo demonio pareciera seducir al exiliado melancólico en Berlín.

Embalsamado el Fausto chileno con su melancólico avión en aquella máquina, “placenta vertiginosa, como la ballena de Jonás, que podía conducir a cualquier parte”, la afirmación de Talca natal del viajero

proveniente del realismo socialista no está exenta de ternura: “Conocía tantas historias de apacibles ciudadanos que se habían transformado en energúmenos, en fieras desencadenadas, porque les habían tocado el bolillo, o porque podían haberles tocado el bolillo, si lo hubieran tenido bolillo...”

Talca la suata, sus ultraderechos y por fin Santiago en sus rindones de peor desastre, reciben al furtivo visitante, que a propósito de un atentado de máximo calibre terrorista que entonces sucede, adquiere a ojos poco perspicaces de la izquierda, un perfil heroico que jamás perteneció a Faustino Piedrahíta.

La comedia de equivocaciones sigue su bien construido curso, así que ni *El anfitrión* ni Jorge Edwards vuelven un segundo la mano Blanducha, como todo él, de nuestro antihéroe Faustino. Pero como al autor no le gusta omitirse la ironía, nunca permite olvidar que en su infirmitad medioeval que lo califica como líder supremo de Chile, Faustino es su colega en Derecho, que estudiaron ambos, y en Periodismo y Letras.

De ese “aserrín legalero”, del que se alimentaron primero, resurge Faustino para inquirir cuándo recuperaría su pasado si le firma el pacto a su anfitrión y así se convierte en el otro que se pretende. Al saber que se trata de un contrato de duración indefinida, pregunta por cuál de los dos pasados, entonces, habrá de jugárselo. En el juicio definitivo. Porque aunque comunista, del Juic o final no se escapa nadie. Pretender otra cosa sería una tintañada.

Humor negro y novela siguen su curso por nuevos insólitos caminos que a las tiradas conforman un círculo asediante. Allí apretujados, curiosamente, no sólo parecen estarlo los del libro, sino también el que lee. Y todo Chile. Y el realismo socialista y la democracia, con y sin apellidos. Tal cual si al conjuro novelístico, otros ojos más abiertos, a pesar de la risa, nos permitieran verlos en una dimensión semejante a la del loco que se lanza de cabeza del árbol, porque se siente como la pera madura. ■

14 MUNDO *diversidad* n.º 69, Ito, marzo 1988

## La pera madura [artículo] Graciela Romero.

Libros y documentos

**AUTORÍA**

Romero, Graciela

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1988

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

La pera madura [artículo] Graciela Romero. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile